

encierra y resume los sistemas cronométricos y cosmológicos de los herederos de los toltecas, con tal precisión que, puede decirse, no existe otro igual entre los que fueron obra de pueblos aislados, como los primitivos egipcios, caldeos y chinos.

Era aquél un soberbio apogeo: los que lo han negado, contra el testimonio de los monumentos y de los conquistadores mismos, es porque comparan esa tradición con el estado actual de la comunidad aborígene y se empeñan en representarse á Tenochtitlán como un hacinamiento de jacales en derredor de un núcleo de casas de adobes, al pie de una pirámide de tierra, enrojecida de sangre á



Motecuhzoma

la continua; algo de esto había, pero indudablemente hubo mucho más; piénsese que de aquellos jacales salían los grupos de mercaderes que prepararon el vasallaje de la Altiplanicie y de las costas; de aquellas casas, el grupo de caudillos que llevó las enseñas victoriosas de los meshicas hasta Guatemala, y que en la cima del teocali ensangrentado brillaba, bajo su barniz rojo, la Piedra del Sol. Fué un soberbio apogeo: comenzaba el siglo XVI; Netzahualpili reinaba sabiamente en Teshcoco; los jóvenes señores meshicas, sucesores de Ilhuicamina, Ashayacatl, Titzoc y Ahuizotl, habían conquistado, afirmado y sacrificado millares de veces sobre el teocali central, reedificado incesantemente con proporciones cada vez mayores. A ellos había sucedido Motecuhzoma II, un sacerdote real, un favorito de Huitzilipochtli. El imperio obedecía, estremecido de ira y de miedo; los enemigos eternos parecían espiar la hora en

que el gigante cayese, para disputarse la presa; los bárbaros chichimecas, escondidos en los vericuetos de las sierras, aldaños gigantes de las mesas, ó recorriendo en grupos trashumantes la Altiplanicie septentrional, desde el Lerma y el Pánuco hasta el Bravo y el Colorado; los retraídos é indomables tarascos, los mal sometidos grupos de las montañas huastecas y zempoaltecas, y, sobre todo, los aguerridos y bien organizados tlashcaltecas, que en su territorio, admirablemente dispuesto para la defensa, proporcionaban refugio y protección á todos los enemigos del imperio, parecían presentir que la hora de la ruina se acercaba y se aprestaban al banquete fatídico.

Pontífice y emperador, Motecuhzoma había hecho lo mismo que sus abuelos; pero más penetrado de su carácter divino, su tiranía pesaba más. En sus manos, educadas con el cuchillo de obsidiana del sacrificador y el zahumerio de copali, el imperio militar fundado

por Ishcoatl y el primer Motecuhzoma tornaba á ser una teocracia; el pueblo doblaba más la cabeza en la servidumbre, los nobles tornábanse, de fieros conmitones del monarca, en domésticos humildes que le servían y le cargaban en la hamaca de oro y colores en que hacía sus viajes de recreo ó de guerra; un ceremonial complicado apartaba de los simples mortales al joven dios humano, que se escondía en el fondo de sus palacios, de su serrallo, de su camarín sacerdotal, ó se dejaba ver rodeado de bárbara suntuosidad ante el pueblo prosternado. «Yo casi nunca le ví la cara,» decía un noble azteca á uno de los misioneros españoles.

Aquel sacerdote era un iniciado: sabía que el dios de las profecías, Quetzal-coatl, había anunciado su vuelta ó la de los suyos, los hombres blancos y barbados, portadores de cruces, que vendrían del Oriente; y las victorias obtenidas en la guerra florida y las que marcaron su paso por los límites extraños del imperio, no bastaban á sosegar el ánimo del señor meshica; también sus súbditos conocían esos anuncios; los españoles hacía tiempo que estaban en contacto interrumpido, pero seguro, con los pueblos tributarios del imperio. Estas noticias, en forma de rumores, llegaban á Tenochtitlán y Teshcoco, y el anciano Netzahualpili había podido reunir probablemente datos exactos sobre el paso efímero por nuestras costas de las expediciones españolas; así es que todos los fenómenos meteorológicos, sísmicos y cósmicos, recibían la misma interpretación: la luz zodiacal anunciaba ruina, el cometa de 1515 anunciaba ruina, hasta los muertos resucitaban para anunciarla. (Luego los cronistas posteriores á la conquista dieron forma literaria y religiosa á estos presagios). Motecuhzoma algunas veces se hundía en la melancólica certeza de la verdad de los agüeros, otras veces decretaba matanzas de adivinos ó, más animosamente, consolidaba en guerras sangrientas con Tlascalala y los señores libres el prestigio del imperio, ó tramaba su unificación absorbiendo los señoríos de Teshcoco y Tlacopa. Pero su orgullo se extremaba y la voracidad de los dioses aumentaba, y el odio de los tributarios al imperio constituía el más fatídico de los presagios.